

asaltar en él á la poblacion sublevada de Méjico.

Multitud de sacerdotes estaban destinados á ella; contábanse cinco mil en el principal templo de Méjico; las dignidades superiores de ellos se reclutaban en las familias de los príncipes y se distinguían con insignias particulares. El gran sacerdote debía dar su consentimiento para hacer la guerra, y acudía él mismo con elevadas funciones. Mientras que un individuo estaba revestido con el sacerdocio (porque el sacerdocio era temporal), ¡desgraciado si tocaba otra mujer que la suya, ó si por pereza faltaba á los oficios religiosos! Ninguno de ellos salía del recinto de sus ricas habitaciones contiguas al templo. Consagrábanse mujeres al servicio del Dios y á sostener el fuego sagrado; pero no asistían á los sacrificios sangrientos. Los mejicanos tenían también ciertas clases de órdenes monásticas, de las cuales una consagrada á la diosa Centéotl, se componía en su totalidad de sexagenarios y viudos, que daban consejos y escribían la historia, que remitían despues al gran sacerdote para publicarla. Los *tlamacazqui* maceraban rigurosamente su cuerpo, y despues de haberse despedazado con espinas, metían pedacitos de caña en sus heridas.

Los mejicanos ejercían la ferocidad que les hacían contratar estas sangrientas penitencias, en los sacrificios humanos, comunes en ellos y acompañados de atroces ceremonias. Se hartaban con la carne de las víctimas ó traficaban con ella. En la cima de la pirámide de Cholula se elevaba el altar dedicado á Quetzalcoatl, dios del aire, representado bajo la figura de un hombre blanco y barbudo, gran sacerdote legislador, jefe de una secta que se imponía rigurosas penitencias, como las de atravesarse los labios y las orejas, clavarse en el cuerpo espinas de pitera. Bajo su mando goza el Anahuac de la edad de oro hasta el momento en que el gran espíritu Tezcatlipoca presentó á Quetzalcoatl un brebaje que produciéndole la inmortalidad, le inspiró el irresistible deseo de visitar comarcas remotas. Llegado á Cholula, los habitantes le ofrecieron el gobierno; y durante los veinte años que permaneció con ellos, les enseñó á fundir los metales; mandó el ayuno de ochenta días y la intercalación del año tolleca, reco-

mendándoles vivir en paz, y no ofrecer á la divinidad más que las primicias de los frutos. Desapareció despues, prometiendo el venir á renovar su felicidad.

Los aztecas tuvieron, como los indios, la idea de las destrucciones y de las regeneraciones periódicas del universo, atribuyendo al espacio lo que parece no pertenecer más que al tiempo.

Contaba cuatro edades, que cada una había tenido su sol propio. La primera, llamada *edad del agua*, duró cuatro mil ocho años, y acabó con un diluvio general, en el cual el mismo sol pereció con los hombres. La otra, *edad de la tierra*, despues de haber durado cinco mil doscientos seis años, se concluyó con la destrucción de los gigantes, producidos por terribles temblores de tierra, que también causaron la extinción del segundo sol. Despues llegó la *edad del viento*, de cuatro mil diez años, terminada por un torbellino que anonadó el tercer sol y á todos los vivientes. Siempre se conservó la especie humana, en atención á que una pareja se cambió en animales capaces de resistir á aquellas catástrofes, y destinada á renovar la especie. La actual edad, la *edad del fuego*, comenzada hace ochocientos cincuenta años, es la única cuyos anales se han conservado, y se terminará con un incendio general. Ahora, bien, debiendo esto suceder al fin de uno de sus siglos, que eran sólo de cincuenta y dos años, el momento en que concluía cada uno de ellos, causaba gran espanto. Observábase entonces una tristeza general; apagábase el fuego sagrado; los monjes no cesaban de orar; destrozábanse sus vestiduras; se hacían pedazos los muebles de valor, se ocultaban la cara con una máscara de pita, y ¡cosa singular! las mujeres en cinta, se miraban con horror, en la creencia que en el momento de la catástrofe se transformarían en tigres y se unirían á los géneos maléficos para vengarse de los hombres.

La tarde del último día, los sacerdotes, revestidos con los trajes de los dioses y seguidos de una multitud inmensa, subían al monte de Huixacécatl, y aguardaban en silencio, en la cima de la montaña, el momento en que las Playades ocupasen el medio del sol. Cuando habían pasado por el meridiano, el sacrificador

degollaba á un prisionero y atizaba en la herida el fuego con que se encendía la hoguera donde era quemado. Un grito de general alegría anunciaba á los más distantes que había pasado el peligro; otros acudían con antorchas encendidas á avivar el fuego; el entusiasmo se aumentaba cuando aparecía el sol radiante sobre el horizonte; entonces volvían los dioses á su santuario; las mujeres á sus casas; se renovaban los vestidos, y las fiestas duraban trece días, en los cuales se limpiaban los templos, las paredes y los utensilios domésticos.

No se sorprendieron poco los europeos al encontrar allí ritos semejantes á los de los cristianos; vigiliás, ayunos, confesión auricular, y una especie de eucaristía, pero en la que el pan estaba empapado en sangre humana.

Las fiestas estaban regladas por calendarios, que son uno de los más singulares monumentos de la cultura de los mejicanos, y que nos fueron especialmente revelados por una gran piedra de basalto desenterrada en 1790, de las ruinas de la antigua teocalli. El año civil de los aztecas era solar, de trescientos sesenta y cinco días, dividido en diez y ocho meses de veinte días, además cinco días complementarios, llamados *nemontemi*, es decir, inútiles. Dividían el día, que comenzaba al salir el sol, en ocho intervalos, á saber: el salir y el ponerse, el medio día y la media noche, y las cuatro porciones intermedias, que no tienen nombre. El mes tenía cuatro periodos, al principio de los cuales cada comunidad de habitantes tenía su mercado; la semana de siete días no parece haber sido conocida de ningún pueblo del Nuevo Mundo. Trece años formaban un ciclo, llamado *tlalpilli*, de los cuales cuatro constituían un *xihmolpilli*, y dos de estos un *céhuéhúétiliztli*, ó vejez.

El calendario ritual de que usaban los sacerdotes, es una serie de periodos de trece días, siguiendo la *velada* y el *sueño* de la luna. Veinte y ocho periodos de aquellos constituyen un año civil y un día más, que, formando cada trece años un nuevo periodo, ponía acordes al año ritual con el civil.

Uno de los acontecimientos más dignos de admiración, es la analogía que se nota en el calendario mejicano y el de ciertos pueblos del Asia Oriental, como los japoneses, analogía de-

mostrada por Mr. Humboldt y que no se puede creer accidental, porque no se puede fundar en la identidad de la naturaleza humana. El mismo sabio nos demuestra, además, que los nombres dados á los meses mejicanos son los signos del zodiaco entre los asiáticos orientales; como también Méjico y el Thibet ofrecen notables relaciones en la jerarquía eclesiástica, en la cantidad de congregaciones religiosas, en la austeridad de las penitencias, en el orden de las procesiones.

Celebrábanse fiestas movibles, y otras fijas cada mes, con frecuencia fiestas marcadas por crueldades que manchaban igualmente las ceremonias relativas á las diversas circunstancias de la vida, y se hacían raras veces sin efusión de sangre. Los muertos eran quemados frecuentemente con sus mujeres y criados en una misma y única hoguera. Parece, pues, que se descubre en esta religión la lucha de un culto antiguo impregnado de dulzura y de un culto nuevo entregado á nuevas prácticas sanguinarias. Los mejicanos se acuerdan hasta de la época en que habían sido sacrificadas á sus dioses las primeras víctimas humanas. En ciertos sitios se conservaba el culto de las divinidades campestres que debían, según se aseguraba, triunfar un día de los dioses sanguinarios.

A la verdad, puede causar admiración encontrar estos ritos atroces en un pueblo que, en el resto de sus instituciones, se parece á la nación china; pero la estrecha unión de los sacerdotes con la nobleza compuesta de guerreros, hizo que su culto homicida se extendiese con el imperio; al contrario de lo que pasó en el Perú, donde los descendientes de Manco-Capac, con sus leyes, la división de castas y el despotismo monástico, llevaron una religión pacífica.

Sin embargo, este pueblo que había llevado tan lejos el estudio de la astronomía, que conocía la verdadera causa de los eclipses, la revolución anual de la tierra, y poseía un calendario más perfecto que el de los romanos, no conocía la moneda ni el sistema de pesos y medidas, ni el hierro, ni la confección del queso, ni el uso de las bestias de carga.

Las artes de imitación estaban en un estado de imperfección, que excluía la idea de las pro-

porciones del cuerpo humano. Los héroes y las divinidades se representaban con figuras enanas, que no tenían, como en la India, más ó menos número de cabezas y brazos, pero sí una nariz enorme y una cabeza puntiaguda. Los dioses, ávidos de sangre, debían ser representados con facciones monstruosas y tales como el pueblo los concebía, para conformarse á los tipos inalterables de los geroglíficos. Treinta mil ídolos de barro fueron destruidos por los misioneros en la primera conquista; estaban formados por medio de dos moldes, de los cuales el uno producía la parte anterior y el otro la posterior, como se practicaba para los lares en Italia.

En los bajos relieves, el tipo particular de los hombres es el ángulo facial muy agudo, de tal modo, que casi no tenían frente. Sobre las rocas se encuentran esculturas, animales gigantes y armas de las provincias cuyo límite indicaban; trofeos militares, batallas, emblemas y en todas partes geroglíficos. El plano de Méjico, antes de la conquista, conservado en una de las hojas pintadas que usaban estos pueblos, prueba lo que entendían de geometría y topografía. La ligereza y finura de los vasos pintados y barnizados, que difieren poco de los primeros etruscos, harían creer que habían sido hechos á torno.

Ha sido hallado en Méjico el busto en bajorrelieve de una sacerdotisa azteca, con la cabeza adornada por el estilo de la de Isis y de otras estatuas egipcias. También recuerdan á Egipto las pirámides con gradas, las momias conservadas en cajas pintadas, el uso de la pintura geroglífica, los cinco días epagomenos aumentados al fin de año como en Menfis, mientras que las demás instituciones parecían originarias del Thibet.

El teocali de la capital fué destruido después de la conquista, pero han quedado los más antiguos. En el valle de Méjico se elevan las pirámides de Teotihuacan, de las cuales están dedicadas al sol y á la luna las dos principales, y al rededor hay colocadas como por adorno otras más pequeñas. Una de las más grandes se eleva perpendicularmente á cincuenta y cinco metros, y la otra á cuarenta y cuatro, teniendo de base la primera ciento ochenta y cinco metros por cada lado. Las otras,

que no pasan de ocho ó nueve metros, servían, según dicen, de sepulcro á los jefes de tribu. Las estatuas fueron destruidas por la avaricia de los conquistadores y por la devoción del obispo Zumarraga. Hace medio siglo que unos cazadores descubrieron la pirámide de Papantla, cuya altura es de diez y ocho metros, por veinticinco de ancho en la base, toda ella de grandes piedras labradas con tres escaleras que conducen á la cúspide, y adornada por todas partes con nichos y geroglíficos.

La de Cholula, que tiene cuatro pisos, construida de ladrillos sin cocer, en una llanura descubierta á dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar, no se eleva á más de cincuenta y cuatro metros; pero cada lado de la base no tiene menos de cuatrocientos treinta y nueve, es decir, dos veces más que la pirámide egipcia de Cheops.

Según la tradición, había sido construida esta pirámide por las únicas siete personas libradas del diluvio; pero los dioses, irritados contra este edificio, que debía tocar las nubes, lanzaron contra él sus rayos, por cuya razón quedó sin concluir. Los conquistadores vieron en esto un recuerdo del diluvio de Noé y de la torre de Babel. En el día se ve en la cima de este montecillo una iglesia de la Virgen, la más elevada del mundo, que las naciones visitan con la misma devoción que en otro tiempo las conducía á los altares de sus dioses sanguinarios.

En Xochicalco se encuentra la Casa de las Flores, gran terraplen parecido á un bastión gigantesco, cuya plataforma tiene setenta y dos metros de longitud y ochenta y seis de latitud; en el centro se eleva una pirámide de cinco gradas, toda de paralelepípedos trabajados perfectamente y reunidos sin cimiento. En una y otra parte se ven geroglíficos grabados, figuras de cocodrilos y de hombres sentados con los brazos cruzados.

A mediados del último siglo, Mitla, ciudad de los muertos, y Colhuacan, villa del desierto, llamada equivocadamente Palenque, ofrecieron á la vista las ruinas de unos edificios inmensos que revelaban un arte original. Antonio del Río y Alonso de Calderon fueron encargados de explorarlas en 1787. Las ruinas de Palenque ocupan un espacio de cerca de ocho leguas cubierto de maleza, que ni el fuego ni el hacha pu-

dieron desprender apenas de quince edificios, en treinta y cinco semanas. El rey de España Carlos IV envió una comisión en 1805 á las órdenes del capitán Du Paix, que pudo dar una idea completa de estos restos de un pueblo destruido, edificios sagrados y civiles, fortificaciones, caminos, puentes, diques y acueductos, grandes subterráneos con esculturas, bajos relieves, geroglíficos, escudos de armas, vasos de barro, estatuas de divinidades y utensilios de piedra y de metal.

Las construcciones más antiguas eran de toba ó de piedra labrada en enormes montones, lo mismo que las elevaciones tumularias (*tumuli*) en que había vastos pasajes subterráneos y sostenían tumbas cónicas formadas de capas de piedra ó de ladrillo, entre las cuales se elevaban algunas como verdaderas pirámides por el estilo de las egipcias. El edificio más notable, que descansa sobre un terraplen de sesenta pies de elevación, tiene en el interior algo de gótico, ó más bien de morisco. Tiene trescientos pies de longitud, por ciento ocho de latitud y treinta de altura. En el centro se destaca una torre, que debía ser muy elevada y que disminuía á cada piso. Al rededor no hay más que pirámides, acueductos, subterráneos, fortificaciones y monumentos fúnebres.

Los muros están en declive, revestidos de estuco, en el cual entra el óxido de hierro. Los edificios están contruidos sobre un plano cuadrilátero, con puertas anchas y elevadas, y aberturas para las ventanas; están situados en las eminencias, sin tener nada para cerrarlos, sin armaduras ni bóvedas para sostenerlos; aun cuando estas últimas se ven empleadas en las construcciones tumularias y en los subterráneos, tampoco entra en su construcción el ladrillo. Los templos están cubiertos, y su arquitectura, que es muy adornada, ofrece pilastras, cornisas, medallones de estuco y mascarones. Los bajos relieves indican los ritos de la sepultura, porque representan al difunto tendido con sus armas y con todo lo que tenía de más precioso sobre la hoguera donde se degollaban sus servidores y sus mujeres, y donde se sacrificaban voluntariamente las esposas. Hay en el templo otros bajos relieves que representan al parecer los ritos de la iniciación.

Pero lo que más llamó la atención fué un

cuadro en cuyo centro se veía el escarabajo con la T, tan frecuente en las esculturas egipcias, y una gran cruz latina coronada con un gallo, del brazo de la cual pende una especie de palma arrollada; en medio de esta cruz se ve otra más pequeña cuyos brazos terminan en una flor de loto. A la derecha hay un sacerdote ofreciendo á la cruz un vaso de flores, y á la izquierda una mujer, con la tiara á la egipcia, le presenta un niño acostado sobre hojas de loto.

Las ruinas del Palenque han dejado de ser las más admirables de todas las demás, después que se han descubierto recientemente las de Yucatan y de Itzalan. En estas, todos los edificios son de piedra labrada, y el más pequeño, que tiene ochenta y un pies de largo por diez y siete de alto, se eleva en una esplanada á la cual se llega subiendo cien gradas; todo está allí cubierto de adornos y geroglíficos, con una pompa asiática. En frente de esta especie de pirámide está la gran plaza, adornada con cuatro edificios muy vastos y empedrada con piedras cúbicas en que se ven también esculpidas figuras de animales; como no se ponía una sino cada veinte años, resulta que se remonta á más de veinte siglos la construcción de la ciudad.

Se designan tres épocas á los monumentos de este país, monumentos mejicanos propiamente dichos, pertenecientes al pueblo azteca, fundador del imperio; monumentos anteriores, obra de los tolecas y de otros pueblos venidos al suelo de Anahuac hácia el siglo VI; monumentos de Palenque y otros esparcidos en Guatemala y Yucatan, anteriores á todo recuerdo, y llamados impropriamente mejicanos; éstos, que se remontan á cerca de tres mil años, se distinguen por su sencillez, gravedad y solidez. Sólo un gran pueblo ha podido construir semejantes ciudades; pero ¿de qué modo ha llegado á perderse completamente la memoria de ellas? Si fué destruido, debieron conservar los vencedores el recuerdo de tan gran tiempo; pero lejos de esto, en el tiempo de la conquista nadie conocía la existencia de Mitla ó del Palenque. Se han propuesto una infinidad de sistemas para la solución de este problema, y últimamente se ha llegado á sostener que estas ciudades eran anteriores al diluvio.

Los mejicanos vieron desembarcar en sus costas unos terribles huéspedes, cuya armadu-

ra, caballos, fusiles y cañones los hicieron creer, como en todas partes, bajados del cielo. Vinieron muchas gentes á examinarlos, tomando diseños de todo lo que veían, para enviarlos á la corte de su soberano en forma de informe.

Motezuma, elegido rey por sus maneras modestas y dignas á la vez, apenas habia subido al trono, cuando cambió de conducta, y encerrado en su palacio, trató de deslumbrar por el fausto y de sostenerse por el terror. Su devoción le arrastraba á guerras frecuentes, con la intencion de no dejar á los dioses sin sacrificios humanos. Reinaba entonces del uno al otro mar, sobre treinta caciques poderosos, y mantenía en su gobierno un orden perfecto. Habia instituido distinciones para el valor y para la nobleza, y reservado una ciudad para reunir en ella á todos los que habian envejecido en el servicio de la corona. Habíase establecido escuelas para los ejercicios corporales é intelectuales, segun que los jóvenes se destinaban á la guerra, al sacerdocio ó á las diversas magistraturas. Pero llevando la severidad hasta el exceso, destruía todo lo que le resistía, alejando de la corte y de los empleos á cualquiera que no fuese noble. Despues de haber subyugado todas las provincias, decia que se le hacia tarde para conquistar á Mechoacan, Tepeaca y Tlascala, á fin de que los dioses no careciesen de víctimas.

Estos tres países habian permanecido independientes, aunque el imperio se extendía hasta las fronteras de Guatemala y Yucatan. Motezuma les hizo la guerra con vigor, pero encontró una vivísima resistencia; los reveses que sufrió debilitaron la idea que se tenía formada del poder de los hijos del Sol, y prepararon aliados á los europeos.

Asustado con su venida, Motezuma no omitió medio para librarse de la visita con que le amenazaba aquel extranjero que se decia enviado como embajador, haciendo pasar su pequeño ejército por un simple acompañamiento ó escolta. Le envió regalos de perlas, vestidos del más fino algodón, penachos con los más vivos colores de un brillo natural, armaduras tan preciosas por el metal, como por la originalidad del trabajo, y dos grandes platos, uno de plata y otro de oro, donde estaban representados en relieve el siglo y el año de los mejicanos; sin hablar de la pedrería, joyas, collares,

perlas, oro en polvo, y enormes pedazos de oro vírgen y de animales del mismo metal, objetos todos que sólo servían para excitar la codicia y la ambicion.

Cortés se distinguía entre los *conquistadores* por un resto de las ideas caballerescas de su país. Lleno de convicción y de intolerancia, perseverante hasta la obstinacion, ávido de riquezas, pero aún más todavía de gloria, cruel por su posición, pero no por instinto, estaba pronto á hacer sufrir, y al mismo tiempo era accesible á una compasión generosa. Cuando da cuenta de sus empresas expone los hechos con claridad y de una manera que atrae, aunque con el tono de un soldado y en un estilo inculto. Insistió, pues, en ser admitido, exponiendo que el decoro no permitía despedir, sin ser oído, el embajador del más grande de los reyes.

Encargado de esparcir la verdad, se creía en el deber de anunciarla destruyendo la idolatría, y sin amedrentarse de los cien mil hombres que Motezuma podía poner en campaña, segun se decia, soñaba ya en la conquista de su imperio. Mientras duraban las conferencias, determinó construir la Villa-Rica de Veracruz, cuyo nombre abraza los dos móviles de aquel tiempo, el dinero y la religion. Velazquez insistió en considerarle como rebelde y sin poderes, y Cortés estableció en Veracruz, en nombre del rey de España, un consejo soberano, en cuyas manos resignó su autoridad, dejándole en libertad para elegir al más digno de mandar. Elegido como general y gobernador, quemó sus buques para quitar á los suyos hasta la esperanza de volver, y á la España la de llamarlo; habiéndose conciliado luego con algunos caciques, descontentos de la tiranía de Motezuma, se puso en marcha con quinientos hombres, seis cañones y quince caballos.

La república de Tlascala, que situada en las montañas, y gobernada por un senado de diputados de todo el país, habia resistido á los mejicanos, fué reducida á pedir la paz, y aliándose con los españoles, contribuyó principalmente á asegurarles una conquista más grande. Una joven india, que habia sido regalada á Cortés y que éste hizo bautizar con el nombre de Marina, convertida en órgano de su elocuencia y en agente principal de sus manejos,

le valió como intérprete y como consejero, mucho más que un ejército numeroso.

Procuró conciliarse el afecto de los indios tratándolos bien; pero su gente no sabia obrar sino haciendo mal. No tardó mucho en comenzar por sí mismo á derribar los ídolos, y como dió la orden para que se hiciesen cristianos los hombres que ignoraban lo que era esto, se enagenó á los caciques, cuyas predisposiciones le fueron tan favorables en un principio. Se disponía á echar por tierra los ídolos en Tlascala, cuando el padre Bartolomé de Olmedo le hizo ver que no era justo ni político propagar la religion con el hierro; recomendacion de que no hizo ningun caso.

Desalentado Motezuma, pensó en oponer á los españoles secretos manejos, en lugar de recurrir á las armas; pero los españoles le aventajaban también mucho bajo este concepto. Observaron que en Cholula habian sido acogidos con demostraciones afectuosas, y concibiendo Cortés algunas sospechas, mandó arrestar á varios sacerdotes, los cuales confesaron que se meditaba el exterminio de los extranjeros, bajo apariencias amistosas. Irritados los españoles al descubrir este proyecto, hicieron grande carnicería en los naturales, y siguieron adelante.

De repente se ofreció á sus miradas encantadas el vasto lago de Tezcuco atravesado por tres calzadas artificiales, con jardines flotantes en medio de las aguas y ciudades populosas al rededor. En una isla unida al continente por medio de un arrecife, se elevaba Méjico, que en un recinto de quince millas de circuito contenía setenta mil casas con plazas y anchas calles, un número infinito de tiendas, bosquillos, viveros y canales navegables que recorrian en todas direcciones cincuentamil barcas. Los españoles se admiraron de ver tanta civilización y riqueza, no ménos que de su propia audacia, al paso que Motezuma estaba sobrecogido de su superioridad moral. Viendo que habian sido vanas todas sus combinaciones, multiplicó las plegarias y los sacrificios humanos, creyendo que era la cólera de los dioses la que se le hacia por todas partes. En la imposibilidad de evitar la temida visita de los europeos, creyó al ménos aplacarlos saliendo á recibirlos con todo el brillo de la magnificencia.

Marchaban delante mil nobles vestidos con adornos uniformes, y despues venían tres heraldos seguidos de muchos centenares de nobles. Motezuma iba conducido en una litera cubierta con hojas de oro y protegida por un gran parasol de plumas verdes; nadie se hubiera atrevido á mirarle frente á frente. Flotaba en sus espaldas un manto recamado de oro, y plata y pedrería, y sus brazos y pecho desnudos llevaban asimismo una multitud de joyas de oro. Le seguían doscientos príncipes magníficamente ataviados. El emperador protestó de su amistad por estos hijos del Sol, y Cortés le aseguró que no habia venido con intencion de quitarle nada, sino tan sólo para consolidar su alianza y para establecer la nueva religion.

Si hubiese sido así, ¡cuántos bienes hubieran resultado á la humanidad! ¡Qué hermoso espectáculo hubiera sido el que ofrecieran las artes de la Europa ingiriéndose en aquella civilización natural, auxiliándose ambas mutuamente! Pero las seguridades de Cortés eran falaces, pues sólo pensaba en adormecer la desconfianza de Motezuma, no ménos desprovisto de medios defensivos contra los recién llegados, que pudieran estar los reyes de Europa contra enemigos aéreos.

El templo de Méjico habia sido construido segun el modelo de los templos más antiguos, seis años antes que Colon llegase á la América, sobre una colina artificial elevada en medio de un llano. Un vestibulo de murallas espesas de piedras, cubiertas todas de esculturas que representaban serpientes enroscadas, precedía á una escalera magnífica que conducía á una vasta capilla, con un terraplen donde estaban fijadas sobre estacas cabezas humanas, que se renovaban en las grandes solemnidades, y cuyo número ascendía, segun dicen, á ciento treinta mil. Las cuatro puertas del templo se abrían á los cuatro vientos sobre otras tantas plataformas, cada una de las cuales ofrecía á la vista cuatro estatuas gigantes. Al rededor estaban las habitaciones de los sacerdotes con un grande espacio, donde ejecutaban los bailes rituales hasta diez mil personas. En el centro se elevaba una pirámide truncada de cincuenta y cuatro metros de altura sobre noventa y siete de anchura en la base, y en una